

AD MAIOREM

CHRISTI GLORIAM

(Sobre el sermón que S.E.R. Monseñor Dr. Jorge M. Bergoglio pronunció en san Ignacio el lunes 3 de abril próximo pasado, durante la misa de apertura del año universitario)

Del pasaje de la carta del apóstol (Flp. 3, 8-14), Monseñor Bergoglio subrayó el párrafo que hace referencia a lo insignificante que resulta todo en comparación con el conocimiento de Cristo Jesús, por el cual, escribe san Pablo, "he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él". Luego de informar que una traducción literal provocaría el reemplazo de la palabra "desperdicio" por la de "estiércol", Monseñor Bergoglio hizo hincapié en lo importante y fundamental que es o debe ser, para una universidad confesional, preocuparse y ocuparse de que no sea el estiércol lo que prive en sus contenidos académicos, sino, justamente, el conocimiento de Cristo.

A continuación, arribó al comentario de los versículos evangélicos escogidos (Jn. 8, 1-11), que refieren el episodio de la mujer adúltera en riesgo de ser lapidada, tan conocido y, con frecuencia, erróneamente recordado (suele trocarse la palabra "adúltera" por la de "prostituta" y omitirse el "no peques más en adelante" final). Monseñor Bergoglio prefirió, en esta ocasión, relacionarlo con la espiritualidad de las universidades católicas. Prefirió decir que los fariseos (que son los que "prueban" al Cristo en el citado párrafo) eran el equivalente de las personas formadas, hoy, en una universidad

confesional, de aquellas en las que sí (por lo menos a nivel documental) se propone el conocimiento de Jesús por sobre el revolcarse en el estiércol intelectual; personas acostumbradísimas a ahondar en los misterios de la fe, en el conocimiento, sobre todo de Dios; personas tan acostumbradas a ello como aquellos fariseos que, cuando fue menester, no reconocieron a ese mismo Dios que tanto conocían.

Finalmente, el obispo jesuita, señaló que a la comunidad universitaria del Salvador se le presentaban "dos opciones" (que fueron tres) en ocasión, sobre todo, de la Cuaresma que transcurría por entonces: a) pedir, cada uno de sus integrantes, perdón de rodillas por los propios pecados; b) no pedir perdón, pero, por lo menos, asumir esos pecados. La tercera, en caso de no optar ni por a) ni por b), consistiría en irse retirando, "uno tras otro, comenzando por los más ancianos" (Jn. 8, 9).

La bendición final de la celebración se vio precedida por la pluralización de la de *Números* 6, 22-26: "Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz".

AMÉN

Pablo Cortés Gamas